

Noventa minutos en el Malecón

Por ISMAEL ORTEGA

Una tarde de sábado me dirigí a escuchar un concierto de música de Esteban Salas en la Basílica Menor de San Francisco de Asís, en La Habana Vieja. Como llegué con anticipación, decidí sentarme en el muro del Malecón, cerca del antiguo Muelle de Caballería, para hacer tiempo.

Me senté en un sector donde sólo se encontraba una pareja joven. A los pocos minutos, la muchacha de la pareja se me acercó a preguntarme la hora, mientras su compañero observaba desde lejos. Le respondí y se alejó con un semblante frustrado, tal vez al no notar en mis palabras el más mínimo acento extranjero.

Seguía yo en el mismo lugar, cuando una joven muy bien vestida, que llevaba una mochila a la espalda, se me acercó preguntándome si conocía la música cubana.

Al decirle que llevaba 50 años oyéndola, se sonrió al darse cuenta de que yo era cubano y entablamos una conversación.

La joven vendía CD quemados, me dijo que lo hace porque su sueldo, que es bastante alto para los niveles cubanos actuales (386 pesos), no le alcanza para cubrir sus necesidades.

Casi enseguida apareció una señora de unos 60 años, vestida humildemente, pero limpia y bien arreglada, quien también comenzó a hablarme, y me explicó que ella "no vendía nada, ni robaba, ni se prostituía, pero pedía limosna", pues su retiro de 100 pesos al mes no le alcanzaba. La señora se alejó y a los pocos minutos se acercó un señor de unos 70 años, que llevaba una guitarra, y me preguntó que si yo venía "de España o de Italia, y por qué estaba solo". Le contesté que venía de Santos Suárez, y él

se echó a reír y se sentó a mi lado. El señor es un jubilado que todos los días viene en la 298 al casco histórico para tocarle a los turistas y ganarse algunos dólares, pues "con el retiro solamente no se puede". Hay días en que el anciano gana de tres a cinco dólares, y en días buenos, hasta diez, según me dijo. Después, se despidió y caminó hacia la parada de ómnibus.

El cuarto y último personaje de esta historia es un pobre hombre de mediana edad, obviamente alienado, que se me acercó quejándose de lo que había tenido que caminar ese día. Me despedí de él, y me encaminé hacia la Basílica, mientras reflexionaba sobre las vivencias de esa tarde, que me sucedieron debido al lugar donde me senté y a mi biotipo.

En aproximadamente 90 minutos tuve encuentros con distintas personas de nuestra ciudad, distintos casos, diferentes vidas, pero todos agobiados por uno de los mayores problemas que afrontamos los cubanos hoy: el costo de la vida no tiene nada que ver con los salarios que se devengan, y mucho menos con las pensiones.

Se trata de situaciones que deben reflexionarse desde las enseñanzas de la Doctrina Social Cristiana.

Ya nuestra Iglesia, en los últimos años, ha venido señalando estos problemas; más recientemente, la Carta Pastoral del cardenal Jaime Ortega con motivo del aniversario 150 del fallecimiento del padre Félix Varela exhortó, desde nuestra visión, a quienes tienen en sus manos las decisiones, a que busquen vías para solucionarlos.